



LA MASONERÍA ES UN HUMANISMO

por Cuauhtémoc D. Molina García

Gentileza de J. S. T.



Hace más de sesenta años, el pensador existencialista francés Jean Paul Sartre, animado por el espíritu de la posguerra —caracterizado por el desánimo, el vacío existencial y la depresión emocional que invadió a las nuevas generaciones europeas tras la debacle de la guerra y el holocausto nazi— escribió un artículo en el cual defendía la corriente filosófica existencialista de los ataques que todos le dirigían, sobre todo los religiosos y los marxistas, entre otros.

En dicho documento titulado "El existencialismo es un humanismo", Sartre sostenía que el hombre es, ante todo, una posibilidad, una auténtica posibilidad de ser y que, por lo tanto, de nadie puede decirse que en realidad "sea" sino hasta después de muerto. Mientras viva, el hombre es un individuo en posibilidad de desarrollo, una posibilidad viva y a la vez cambiante. La Masonería es, en cierto sentido, un existencialismo, porque sostiene que el hombre se va haciendo todos los días y a cada instante y ese "irse haciendo"

se halla plenamente representado por la figura del hombre que se autoconstruye y se autopule a sí mismo con sus propias herramientas, el mazo y el cincel y auxiliado por la regla de 24 pulgadas. El aprendiz entiende, en este contexto, que una vez que recibe la Luz de la Iniciación, lo que tiene que hacer es iniciar los trabajos para poder verse a sí mismo y entender, gradualmente, el Sublime trazado de arquitectura que el Supremo Arquitecto del Universo ha delineado para su ascensión y perfeccionamiento.

Sin embargo, el existencialismo sartriano es ateo y él mismo lo asienta de la siguiente manera:

El existencialismo ateo que yo represento es más coherente. Declarar que si Dios no existe, hay por lo menos un ser en el que la existencia precede a la esencia, un ser que existe antes de poder ser definido por ningún concepto, y que este ser es el hombre, o como dice Heidegger, la realidad humana. ¿Qué significa aquí que la existencia precede a la esencia? Significa que el hombre empieza por existir, se encuentra, surge en el mundo, y que después se define.

Aquí entrevemos la idea central del existencialismo desde los tiempos de Søren Kierkegaard: la existencia precede a la esencia.

Tradicionalmente, la filosofía no existencialista sostiene que primero es el ser, y luego el modo de ser. O sea, primero es la esencia y luego la existencia, porque se dice que primero somos y luego lo hacemos de esta o de aquélla otra manera, es decir, existimos así, o existimos de cualquier otro modo, presuponiendo la idea de que "ya somos". Sin embargo, la novedad filosófica en el existencialismo radica precisamente en negar esta tesis tradicional de la filosofía desde los tiempos de Aristóteles, quien sostenía que el "existir es el modo de actuar" del ser. En cambio, el existencialismo dice: primero existimos, y luego somos. Por ello la tesis de Kierkegaard: la existencia precede a la esencia, lo cual quiere decir que si queremos ser esencia —si queremos ser— primero debemos existir y este existir es un esfuerzo cotidiano, un acto de libertad y por lo mismo no hay un hombre que ya este hecho, que ya este dado y determinado, sino que a cada instante se va haciendo a sí mismo.

El decir, que el hombre sea un ente que se construya a sí mismo implica decir que se cree eligiéndose, y eligiendo sus posibilidades, pues si no las eligiese no se crearía a sí mismo y, en cambio sería creado por las posibilidades externas a él, desde fuera. Elegimos todo lo que somos y somos eso que elegimos, y eso que elegimos lo elegimos creándolo y no escogiéndolo dentro de un menú ya dado de opciones. En consecuencia, según el decir popular, somos "los arquitectos de nuestro propio destino". El concepto de libertad —así como el de finitud, sentido de la vida, soledad, responsabilidad— es crucial en el existencialismo y lo es también en la Masonería. Excepto por el ateísmo sartriano, el pensamiento masónico, derivado de la construcción, es análogo en muchas aristas al pensamiento existencialista. Veamos algunas de ellas:

Para la Masonería, por ejemplo, el hombre no está hecho, no está acabado o concluido, pues de lo contrario no tendría caso que viniese a las Logias. Viene a los talleres porque asume interiormente que necesita un proceso que le haga

sentirse pleno. El existencialismo sostiene lo mismo, como he dicho: el hombre se va haciendo. Sin embargo, tanto en la Masonería como en el existencialismo, el "hacerse a sí mismo" es un acto supremo de valor que requiere libertad para poder hacerse, construirse, porque construirse es un acto de elección que construye cada posibilidad de existir y esta posibilidad de elegir genera angustia, es decir, esa sensación de vértigo que invade al hombre cuando éste descubre su libertad y se da cuenta de que él es el único responsable de sus propias decisiones y acciones. Por ello, la vida, en sí misma, carece de sentido, ya que cada uno de nosotros le va dando el sentido que elige. El darle sentido a la vida es también un acto de libertad, y de responsabilidad, y por ello el hombre es un ser esencialmente libre. El existencialismo sostiene que cada elección es un acto personal que ocurre en un acto de soledad existencial angustiosa, ya que, por ser únicos somos también solos, únicos e irrepetibles: «Solo yo soy lo que soy» y nadie me comprenderá mejor que yo mismo. En este sentido, la construcción que el hombre puede hacer «de sí mismo» es necesariamente finita y está marcada por la muerte material. Esto señala más enfáticamente el carácter irrepetible del hombre y de la vida misma, y por lo mismo la responsabilidad humana e histórica de ser "según el ideal de nuestro destino". Pero, como todo acto de libertad, es también un acto de responsabilidad, entonces debe el hombre que se hace a sí mismo entender que es responsable de sus actos como efecto, como acción y como reacción.

Muchos han considerado al existencialismo como una filosofía pesimista y nihilista emanada de la desesperación que el europeo común sintió después de concluida la Segunda Guerra Mundial. Sartre, no obstante, decía que no había filosofía más optimista que el existencialismo, porque el destino del hombre está en él mismo". Otros aducen que el existencialismo destruye la moral — especialmente la cristiana — porque se afirma que si no existe una regla única entonces se pueden hacer las que se quiera. El propio Sartre se defiende y dice:

Pero sin embargo se puede juzgar, porque, como he dicho, se elige frente a los otros, y uno se elige a sí frente a los otros. Ante todo se puede juzgar (y éste no es un juicio de valor, sino un juicio lógico) que ciertas elecciones están fundadas en el error y otras en la verdad. Se puede juzgar a un hombre diciendo que es de mala fe... todo hombre que se refugia detrás de la excusa de sus pasiones, todo hombre que inventa un determinismo, es un hombre de mala fe.

Desde la perspectiva masónica, se ha dicho que la acción iniciática constituye un esfuerzo personal, único e intransferible. En esta idea radica la naturaleza del secreto masónico y el distintivo básico de su inefabilidad. En efecto, los logros en la búsqueda, los avances en el sendero y las conquistas en la develación de la verdad son únicos y personalísimos: nadie nos revela el ultírrimo secreto, ni hay poder en el mundo que pueda hacerlo sino nosotros mismos.

Pero ¿qué es lo que se quiere decir por humanismo?

Hoy, el término humanismo se utiliza comúnmente para indicar toda tendencia de pensamiento que afirme la centralidad, el valor y la dignidad del ser humano, o que muestre una preocupación o interés primario por la vida y la posición del ser humano en el mundo. En el pasado, el humanismo estuvo ligado al pensamiento griego, al renacentista e incluso al cristiano. Pero aquí, con un significado tan amplio —el hombre como centralidad— la palabra da lugar a las más variadas interpretaciones, y en consecuencia a gran confusión y malentendidos. Efectivamente, el humanismo ha sido adoptado por muchas filosofías que —cada una a su modo— han afirmado saber qué o quién es el ser humano y cuál es el camino correcto para la realización de las potencialidades que le son más específicas. Vale decir que toda filosofía que se ha declarado humanista ha propuesto una concepción de naturaleza o esencia humana, de la que ha derivado una serie de consecuencias en el campo práctico, preocupándose por indicar lo que los seres humanos deben hacer para así manifestar acabadamente su "humanidad". Pero, ¿cómo comprender y asumir nuestra "humanidad"? ¿Por qué aceptar que la Masonería sea un humanismo?

¿Cómo entiende Sartre la idea de «humanismo»? El existencialismo, dice Sartre, hace posible la vida humana y permite otorgarle al hombre un sentido de dignidad evitando convertirle en un objeto. El hombre no es de otro modo más que como él mismo se hace —la vida está en sus manos— y esto es un humanismo porque finalmente el ente humano es centralidad y valor, dignidad absoluta que muestra una ocupación primaria por la vida y la posición del hombre en el mundo y, como su esencia se construye en la existencia, primero como proyecto y luego a través de las acciones, de los hechos, de las obras, entonces la trascendencia de lo humano se consuma mediante la existencia.

La Masonería propone un pensamiento sustentado en la idea del constructivismo. El masón —se dice— es un constructor de sí mismo y por ende de su realidad social, pues el hombre como tal no está aislado del mundo, ni independiente de él. El hombre moderno, sumido en el materialismo y en el consumismo de un capitalismo acelerado por la sed globalizadora, parece estar impregnado de un sentido de angustia por el rumbo que la sociedad y "la humanidad" parecen estar tomando. El choque de las civilizaciones, que tanto preocupara a Samuel Huntington, parece actualizarse ante los conflictos entre el oriente y el occidente, las diferencias ancestrales y los fanatismos religiosos; la depredación del mundo —de la naturaleza— y la falta de entendimiento, aún entre los hombres de un mismo lado del mundo.

¿Qué hacer? Ya no es suficiente la personalísima acción de decidir y elegir en la soledad y en la responsabilidad, sino ahora es preciso hacerlo en el seno de una colectividad masificada que parece anómica¹, amorfa y desinteresada de sí misma, a la vez que irresponsable, pues en ella el hombre se confunde en la nada y en la inexistencia social. ¿Qué vida vivo, o para qué la vivo?

¹ **anómico, -ca adj. sociol.** Díc. de la persona que presenta una conducta que no se ajusta a las normas sociales establecidas.

La Masonería debe proporcionar al hombre "posmoderno" una respuesta sensata —ya espiritual o ya racional— a este desafío social, político, ético y cultural que enfrenta el hombre contemporáneo. La angustia de los existencialistas —que era individual y personal— ahora parece trasladarse al colectivo humano, la sociedad. En consecuencia, parece necesario hacer resurgir un humanismo masónico que sirva para ver al hombre y a la mujer situados en el centro de la solución de los problemas del mundo, y no como una abstracción metafísica y retórica, propia de los partidarios del "filosofismo", sino como un esfuerzo intelectual y como una práctica social concreta sustentada en los principios y postulados de la Orden: la solidaridad, la fraternidad, la igualdad, la libertad, la tolerancia y la justicia social.

Es decir, las formas del pensamiento masónico —no me atrevo a decir "filosofía masónica"— no se expresan en una tesis, sino en una perspectiva condensada en los símbolos masónicos como una graduación lógica de enseñanzas hacia dentro y hacia fuera de nosotros. No hay enseñanza ni doctrina masónica posible sin práctica social masónica.

La existencia precede a la esencia, esto es, debemos articular el pensamiento político de la Masonería —su praxis y acción— sin descuidar el sentido profundamente iniciático y espiritual de la Institución, su esencia. Es imposible hablar de un humanismo masónico sin vislumbrar y accionar una forma socialmente responsable de hacer realidad los principios institucionales: solidaridad, tolerancia, fraternidad, igualdad y justicia social. Hay que hacer que el pensamiento masónico se haga trascendente, que se salga de la idea —la esencia— y se haga acción mediante la existencia y esto no puede ser de otra forma que mediante la acción comunitaria y política.

¿Estoy sugiriendo acaso que la Orden devenga en partido político? No, de ninguna forma, solo estoy afirmando que los masones, concientes de su pensar y de su compromiso de existir, hagan que sus ideas se incorporen en el tejido social mediante asociaciones u organizaciones capaces de actuar en la sociedad. Aquí debemos retomar que la Masonería, como tal, como Orden, no tiene otra cosa que hacer más que hacer masones, y haciéndolos estará formando individuos deseosos de existir como entes sociales y no solo como diletantes sumidos en el personalismo.

Por otro lado, no olvidemos tampoco los orígenes de la Orden ubicados en las corrientes espirituales, ecuménicas y tolerantes del siglo de las luces, el XVIII. La Masonería colocó al hombre como un ser emancipado de dogmas y de imposiciones religiosas y le dio los elementos necesarios para comprender el mundo y para comprenderse a sí mismo. Le hizo un ser religioso sin fanatismos, y le ubicó entre la escuadra y el compás. Le proporcionó, de la misma forma, una dimensión humana de la vida, un regreso al tiempo en su profunda dimensión humana, un giro radical que nos devuelva la posibilidad de detenernos a pensar qué es la vida y que lugar ocupamos en ella. Una dimensión humana en la que podamos recobrar el espacio de intimidad que se

han devorado el consumismo y todos los artilugios tecnológicos que captan nuestra atención y que nos alejan del otro, pero sobre todo, que nos alejan de nosotros mismos. La vida moderna nos ha deshumanizado y la Iniciación masónica —como seguramente otras— tiene la posibilidad de hacernos recuperar lo que éramos, de lograr que la piedra cúbica deje de destilar sangre. Frente a la materialidad que ahoga la existencia humana, encontrar la Palabra Perdida constituye un aliento, una luz de esperanza existencial reivindicadora, llena de optimismo y no de depresión, angustia y vaciedad.

Para el masón, la idea central de la Iniciación es la realización de un conjunto de potencialidades internas que se considera están ahí como inmanentes y que, para realizarse plenamente, en el sentido de la existencia, deben trascender, es decir, expresarse, salirse de sí mismas. El hombre, en consecuencia, es una permanente existencia cuyos actos permiten que la esencia de su ser se proyecte, salga "al exterior" y pueda consumar así su condición humana. Hay una arquitectura personal e individual en cada templo humano, pero también hay una arquitectura social que espera hacerse realidad por medio de la acción, a través del existir colectivo de los artesanos y constructores del Arte Real.

Por ello la Masonería es un humanismo.

